

Mitología de una ciudad

Por Francisco Proaño Arandi

Diario *Hoy*, 21 mayo de 1989

Un narrador, joven, pero dueño ya de incontrovertible oficio, se aproxima al mundo de una ciudad, Guayaquil, a fin de revelarnos sus niveles secretos, las claves de su vértigo y de su agonía incesantes, las formas en que los seres atrapados en el calido laberinto urbano fracasan, triunfan, mueren o simplemente se escapan. Tal es el tema central de *Solo de palabras*, último libro de relatos de Raúl Vallejo, que no hace sino profundizar en una línea de preocupaciones desarrollada ya en libros anteriores — *Cuento a cuento cuento*, *Daguerrotipo*, *Máscaras para un concierto*—, pero que evidencia a la vez al narrador dueño de un adecuado instrumental expresivo.

Solo de Palabras está integrado por cinco relatos, de los cuales, los cuatro primeros aluden al universo guayaquileño, en tanto que el último, "Una experiencia de santidad", transcribe una problemática existencial, en aquella etapa crítica del final de la adolescencia. En todo caso, el tema tratado en el mencionado cuento no afecta la estructura del libro, puesto que todos los relatos, en conjunto, construyen una suerte de mitología, o conectan más bien una serie de personajes y episodios significativos por los cuales nos será dable reconocer una ciudad y un tiempo determinados, la gran urbe guayaquileña y la época precisa que vivimos.

Los síntomas por los cuales nos son reconocibles la ciudad y el tiempo devienen, a momentos, demasiado exactos, lo que, asimismo en ciertos momentos, nos hacen temer que el narrador se torne naturalista, dentro de ese realismo por demás bibliográfico de la generación de los años treinta, lo que sería imperdonable a estas alturas; sin embargo, el síntoma, el apunte, el detalle incluso costumbrista —que puede llegar a chocar, como aquel "galas oscuras como las que se usaban a comienzos de los sesenta"—, cobran luego su razón de ser, su justificación estilística, en el contexto de un relato que inquiere tensamente en la conciencia de los personajes y que, al cabo, nos sume en la persecución de la anécdota, a la que llegamos y seguimos con expectación, guiados sin darnos cuenta por un contador de historias que sabe como atraparnos, con recursos que se ocultan en la trama de un lenguaje fluido, asequible.

Solo de palabras, en el marco de la temática ya anotada, aborda aspectos sintomáticos de nuestro presente: los universos contrapuestos de la rebelión y la represión, por ejemplo; los proletas lumpenizados perceptibles hoy en cualquier parque de las grandes ciudades latinoamericanas; la pauperización de las capas medias; el sin destino al que se abocan las nuevas generaciones; el escenario violento que marca el rumbo de muchas vidas; los multiplicados encuentros y desencuentros urbanos. A veces, la historia aparente no es más que un artilugio para contarnos otra, como en "Los borradores de Adriana Piel", donde la ruptura de sus ataduras por parte de la protagonista, vista desde la perspectiva del narrador-macho, constituye apenas un pretexto para relatar el proceso de creación de ese mismo personaje, el cual, al cabo, se rebela contra su hipotético creador e impone su incontestable presencia, presencia que se desfigura levemente, por otra parte, al efecto del tono algo moralizante o aleccionador, sin llegar a irónico, con que termina éste, el primer cuento del libro.

Raúl Vallejo acentúa, en *Solo de palabras*, su aporte y su vigencia dentro del relato ecuatoriano de estos momentos. Joven narrador, ha debido, por otra parte, asumir responsabilidades que nos hablan de un hombre consciente de su historicidad. Su libro, *Cuando la luz es muerte*, fue una publicación de coyuntura que reveló aspectos siniestros relacionados con los negociados dentro de la Empresa Eléctrica de Guayaquil. Actualmente escribe y protagoniza su mejor historia, como Director Nacional de la campaña de alfabetización que se inicia en los próximos días.